

Oscar Barragán Martínez ■

Filósofo de la Universidad del Rosario.
Estudios de Maestría en Filosofía. Profesor
de las áreas de Filosofía y Literatura del
Departamento de Humanidades de la
Universidad Autónoma.

**Lo fortuito, lo necesario,
la sorpresa y el olvido
en la enseñanza inicial de la filosofía**

Oscar Barragán Martínez

Lo fortuito, lo necesario, la sorpresa y el olvido en la enseñanza inicial de la filosofía

*Se recompensa mal a un maestro
si se permanece siempre discípulo.*

Así Habló Zaratustra



No sé si merece o no, con placer o sin él, hacer un prontuario de las injusticias encajadas a las humanidades por los legos. Injusticias debidas, en gran parte, a la negligencia y desolación que a su paso esparce la profesionalización utilitarista y economicista; acullá en nombre de la impotenciante especialización, acá a título de las tareas apremiantes en la trayectoria de muchos por obtener un cartón gratificante, tal vez, en términos de posición económica, tareas acusadas por el individuo que lo obtiene en una falta de sensibilidad notoria por cosas ajenas a su profesión. No faltan razones a una de las últimas órdenes de Caballería, cual es la de las humanidades, en su arrostrar las humillaciones de la practicidad económica triunfante, para erguirse airada y lanza en ristre contra un edificio bien macizo, el edificio de la profesionalización práctica. Veríase ella aquí con lanza imaginada si es que lo imaginado propicia la visión. Siendo la filosofía una orden menor dentro de la gran orden de las humanidades hoy tan alicaídas, se echaría en falta quien rompiese una lanza por ella al percatarse del material del cual están hechas; si no de la imaginación dicho material respondería a la evanescencia feérica de los cuentos infantiles y juveniles. Diríase de susodicho caballero, cuya ausencia deploramos, estar hecho de la materia de los sueños. En otras palabras, la filosofía no tiene nada que decir; hoy por hoy, a no ser que lo haga intermediada o por otros canales obedeciendo siempre a impulsos provenientes del

utilitarismo reinante. Dije al principio que no sé si merece detenerse en tal hecho, puesto que lo que asalta a mi consideración es el aporte de la filosofía a la vida sin arandelas utilitaristas o economicistas.

Matrona, sirvienta, prostituída, asesina o alcahueta, la filosofía se ha visto aplazada en lo que más precioso puede ofrecer, esto es, la ofrenda vital, aplazada en sus percances por órdenes arrebuadas en preguntas cuasi-apremiantes como ¿qué voy a ser cuando sea grande? o, ¿cuál es mi puesto en la vida?, ¿Obtendré tal cargo?, a cuya importancia cede cualquier otra índole de interrogantes no por ello menos importantes.

Objeto precioso y delineando programa al alcance de lo real, como prenda y premio y señuelo, así la filosofía se hurtaría a la batalla campal contra la profesionalización en términos económicos rentables; y sí esfuerzos estériles dejaría como resultado del enfrentamiento de la filosofía tradicional con las hoy rivales filosóficas, prestas a usurpar sus créditos poniéndolos al servicio de lo más vendido o de la discusión inútil. Se cree así fomentar el pensamiento, cuando muy al contrario se entrega de él un doble exangüe y quieto. Sin embargo, se siente al pensamiento pasar; pues éste, sea como sea, pasa. Si pasa con los fastos de la filosofía tradicional o revestida con las lentejuelas paradójicas de la "filosofía de la no - filosofía", o entregada a justificar el utilitarismo reinante, su paso puede pasar inadvertido o retumbar hasta en la médula del menos instruido para las lides intelectuales: ¿Por qué tendría su nicho o lugar especial para aparecer un pensamiento de cuya ausencia da que pensar a aquellos que no lo ofician?. Pregunta que deja inermes los aperos del marketing profesionalista y al utilitarismo del conocimiento técnico.

Tomemos un texto hecho a todas luces para la enseñanza de la filosofía, *El Mundo de Sofía*, y abrámoslo en sus primeras páginas, en las que se puede basar un profesor hoy para iniciar en filosofía a sus alumnos. No sin echar de menos lo inconsecuente del inicio, el autor nos traslada

de lleno al asombro del que procede la filosofía. No es plausible - argüiría el estudiante atento - despertar el asombro en estudiantes por parte de un profesor en el cual dicho asombro, presunto originador de interrogantes, es nada más ni nada menos una lección entre otras de un programa a realizar; y el cual programa se ha realizado tantas veces en detrimento del asombro, que ya no origina ningún interrogante. Mas no estando ya asombrados en paroxístico trance, es poco menos que imposible transmitir el entusiasmo propulsor de las interrogaciones filosóficas. Hay grados y degradaciones del asombro.

Es fácil seguir al autor de *El Mundo de Sofía* en el arranque y en el itinerario imputado por él al decurso de la filosofía. Estamos, lo recuerdo, en las primeras páginas de esta novela filosófica.

Enumeremos algunos de los rasgos de este decurso:

Primero: La filosofía nace cuando aún no se ha abandonado la edad de los por qué (la infancia) y, aún uno no se ha zambullido en el conformismo de los hábitos atrofiantes del adulto; nace en esa edad indecisa y rebelde llamada adolescencia, entre los 15 y los 20 años. Nace sin que aquel en que nace le haya preparado ningún recibimiento. Sofía Amudsen, después de un día de colegio como cualquier otro, recoge del buzón de su casa unos cuantos sobres suponiendo, como es lo más común para ella, sean dirigidos a su madre. Sofía jamás recibe correspondencia a no ser una - muy rara - carta de su padre, en ocasión de su cumpleaños; o, también rara, carta del mismo en el que se vislumbra más el sentimiento de culpa por no estar con ella - al que se añaden sentimientos de querer compartir más con ella - que cualquier otra cosa.

La estación en la que tiene lugar el suceso que transforma la vida de Sofía, es la de una florida y verdeante primavera: nada asoma amenazador; todo florece en la apacibilidad y sosiego de los verdes en su sazón que derriten el cristal áspero de la nieve y devuelven los colores a la vegetación.

"Era uno de los primeros días de mayo. En algunos jardines se veían tupidas coronas de narcisos bajo los árboles frutales. Los abedules tenían ya una fina capa de encaje verde.

¡Era curioso ver como todo empezaba a crecer y brotar en esta época del año! ¿Cuál era la causa de que kilos y kilos de esa materia vegetal verde saliera a chorros de la tierra inanimada en cuanto las temperaturas subían y desaparecían los últimos restos de nieve?" *El Mundo de Sofía*.

En la estación más favorable al deseo, casi sin una nube gris en el firmamento, Sofía se ve perturbada por interrogantes acuñados en enigmas que ella jamás había soñado, y le calan, haciéndole vacilar su entendimiento laminado ya en gran parte por el conformismo solucionador de preguntas en una carrera contra el tiempo que le llevará a tener su vida estable de hábitos de adulto atrofiado.

Segundo rasgo de la filosofía: el enigma llega sin preaviso, la pregunta se cuele, sin pedir permiso, abriendo brechas mentales jamás vueltas a cerrar conforme a hábitos estables.

Sofía no esperó, no tenía previsto, una pregunta, llegada de cerca – el sobre de la carta en la que venía no tenía sellos ni estampillas – y sin embargo sin remitente alguno. Como quien dice: de cerca pero sin saber de dónde, como si siempre hubiese estado en las inmediaciones permaneciendo desconocida, "precipitándose sobre nosotros desde la cumbre más insospechada de la rosa de los vientos" (J. F. Lyotard; *¿Por qué Desear?*, Páginas 97 – 98; editorial Altaya). La filosofía irrumpe desde lo desconocido, llega sin advertencia alguna de su llegada, es un golpe de azar trastocador de las costumbres arrebujadoras de certezas, de opiniones y de lo dado sin examen. ¿Cuándo se ha visto al azar entrar en los cálculos previsores? La filosofía llega a contrapelo de causas amortiguantes, engastadas éstas en cauces cotidianos, empalmados éstos últimos en una racionalización previsor. ¡¡¡ Asombro!!!

Llegando de golpe en una suerte de azar, empero, la filosofía trae consigo curiosamente su tercer rasgo,

y es el de no poder deshacerse, aquel a quien toca ella, de las preguntas soltadas de su puño, en su trayectoria azarosa. Es inevitable, una vez se es alcanzado por la ráfaga de azar, quitarse de su ímpetu dejándole pasar para que busque otros menos aptos en sortear sus embates. ¡¡ Asombro!! Este rasgo de ineludibilidad emparenta la filosofía con el amor fati: la garra de la necesidad no suelta su presa empero habiéndola asido por azar: La mano de hierro de la necesidad sacudiendo el cuerno de la fortuna, diría un ilustre predecesor: Y que es así, en el mundo de Sofía, lo vemos cuando Sofía asediada por las enigmáticas preguntas ¿quién soy?, y ¿de dónde procede el mundo?, siente vacilar su vida de deberes, se le vuelve traumático hacer sus tareas, se revuelca de impaciencia semi-escuchando las clases que hasta hace poco admitía de buen agrado. No se puede hacer el quite a las preguntas en cuanto ellas llegan de forma fortuita causando trastornos en el orden de hábitos. Esto es lo que llamo empecinamiento de la pregunta. Con éste sentido o para-sentido, siendo el cuarto rasgo de su decurso, la filosofía opera en aquel que la experimenta con ayuda de un maestro, una suerte de olvido. Luego de un tú a tú con la filosofía no se vuelve a ser el mismo. Los hábitos pierden vigencia al contacto con ese desconocido entrañado en la pregunta de índole filosófica.

Los profesores de filosofía deshábítan, si se puede decir, a sus alumnos, o les inducen a deshabitarse, a examinar lo que hasta antes del contacto con la pregunta filosófica, ostentaba para ellos una indeleble muesca en la que se engastaba, como camafeo, el asentimiento incontestable e irrefutable.

¿Cómo es que el profesor – personaje muy conocido institucionalmente - transporta a través de los meandros de un programa ya surcado por lo conocido hasta la saciedad, al extraño desconocido, a cuyo contacto despierta el asombro de un alumno encostrado de hábitos, como lo está el mismo profesor?. A un curso de filosofía atañe, a riesgo del profesor, el salirse de sí mismos de todos los que participan en él, siendo el profesor en persona no otra cosa que un ...

en persona no otra cosa que un participante más de su curso, y por ende, el primero en salirse de sí, en deshabitarse. No de otro modo el asombro, el azar, y lo desconocido adquieren espesor propio eludidor de los perfiles suplantadores en los que la pregunta se desvanece en la solución. La pregunta filosófica, percibiendo con acribia las soluciones, es el lugar donde se traslapan azar y necesidad. Llega por azar, mas una vez ahí es ineludible.

Asimismo, allí donde al profesor no le queda otro remedio, contra el utilitarismo profesionalizante, que carburar el empecinamiento de la pregunta, se reserva para las edades por las que pasa un estudioso de filosofía una especie de eterna juventud.

Ahora, al terminar una lista no exhaustiva de rasgos facilitadores de una iniciación filosófica, apoyado en las primeras páginas de *El Mundo de Sofía*, creo atisbar el valor de la filosofía en un mundo poco advertido para sus enseñanzas, creo verlo, para los que consagran un poco de atención a los menesteres filosóficos, para aquellos a los que en las sucesivas edades, con estupor resucitan las promesas de lo nuevo. Aquellos en quienes la juventud de esa edad – en la que estén – los deja estupefactos de cara a lo maravilloso del suceder del mundo. Y es esta estupefacción o asombro la que, cuantas veces acaece, des-utiliza el contenido del vivir haciéndole más sosegado y asombroso. Es al paso de un asombro sin horario, al paso de un asombro sin localización determinado, a este paso en el cual la pregunta se obstina, que el reservorio de juventud esparce sus ofrendas en él a través de todas las edades, así como la primavera a su paso esparce su reservorio de nueva vida. Y en su obstinarse, la pregunta confuta las respuestas manteniéndolas en suspenso. Y es así como lo impersonal contenido en el obstinarse de la pregunta, ronda una clase de filosofía destituyendo la rutina de un profesor cuyo oficio manido era, hasta ese entonces, propalar las doctrinas del asombro. La obstinación de la pregunta destituye el rol encasillado del profesor y esparce asombro a las cuatro esquinas de un salón que ya no es lugar común. El preguntar comporta

asombrar no encasillado. No es la doctrina del asombro sino el asombrar lo que se renueva cada vez, lo que acaece en lo nuevo. El acaecer de lo nuevo. Asimismo, el preguntar; la pregunta en su infinitivo, la pregunta en su obstinación, casi a contrapelo de quien la hace, infiltra el olvido como condición sin la cual pensar no sería más que un rictus o una complexión de tics con los cuales el pensador acallaría lo nuevo. El olvido es como ese vacío sin el cual no hay movimiento. El olvido en el pensamiento es lo que hace mover sus potencias. Potencia de asombrar y potencia de preguntar; concomitantes.

Ahora, si el profesor debe estar atento a este gesto provocador; no es otro su papel de agente del pensamiento que el de posibilitar nuevos proyectos de realización de lo real. La tarea para un profesor de filosofía es la de provocar el asombro, asombrar; romper el granito atrofiante del hábito para que emane el acaecer de lo nuevo. Mas esta crucial tarea consiste, acodándose en la propulsión del vacío del olvido, en orientar con instrumentos cartográficos constituidos a partir de las direcciones múltiples proporcionadas y puestas a su alcance por el mismo olvido. Esta tarea puede ser también la de sembrar inquietudes o la de preparar los cimientos para la construcción de un nuevo edificio existencial; y esta forma que toma la tarea, lo mismo que las otras formas, está enderezada hacia el futuro. Estimo este enderezamiento como lo más importante de la labor de un profesor de filosofía como propulsor o agente de pensamiento.

No de otra forma el profesor invoca el olvido ocasionado por la obstinación de la pregunta, enderezando una propuesta, propiciadora de futuro. No de otro modo el olvido, de cuyo precipitarse sobre el profesor podría enajenar la clase, conserva una propulsión hacia el obrar. Y el olvido también conserva, pero conserva lo nuevo, lo inacabado que se perpetúa en cada obra y es ocasión para volver a empezar. El acaecer de lo nuevo. ¡Asombro!. ¡Oh!. A. la hora de las construcciones, lo nuevo aparece revestido de inacabamiento, llámese a este revestimiento olvido. El sonar de la hora de

las construcciones, llámase a esto también olvido. Y si hay que olvidar a los profesores de filosofía para empezar a construir, a este olvido le es lícito des-enajenar una clase, destituir al profesor al cabo de su tarea remachando doradamente ésta. ¿Qué mejor premio para un profesor de filosofía que el olvido en el que lo entierran sus alumnos?. Ser piedra angular, enterrada y olvidada!!!!. Asombrooooo!!!.

El profesor como aquel personaje que llega a hurtadillas, y que vehícula un enigma o un desconocimiento esencial, también debe quedarse como perdido, como pilar desconocido del que el alumno no se puede zafar en las primeras de cambio sin riesgo de ver desplomarse el edificio.

Aquí encontramos el traslapamiento del azar y de lo necesario. Sobre sin remitente de una pregunta no esperada y apremiante, esta vez sí de veras. Mapa estático y conductor. Espaldarazo para los caballeros de una nueva fe. Siempre hay en las construcciones el enderezamiento hacia el futuro, la creencia en el futuro empero sin avizorar el acabamiento. Si el profesor, portando la pregunta en su obstinación, accede a una potencia impersonal deshabitadora, no puede empero barruntar el alcance propagado por el olvido, secuela ineludible del preguntar obcecado. ¿No es suficiente indicador de que él es sólo un estupefacto espectador del acaecer de lo nuevo? Una manera de no ser utilitarista y estar, no obstante, enfocado al futuro. ♦



